



DIÓCESIS DE HONOLULU
MISA DIDÁCTICA – BOLETÍN 1
Domingo, 8 de enero de 2023



UNA LLAMADA PARA VENIR A VER AL SEÑOR

El domingo de Epifanía celebramos la historia de tres reyes magos que, siguiendo una estrella, dejaron la comodidad de sus hogares y se reunieron para seguir esta invitación de Dios a un humilde establo en la ciudad de Belén. En el interior, sus ojos contemplaban a un niño recién nacido acostado en un pesebre, un comedero, como si fuera alimento para animales. Y sin embargo, estos hombres extranjeros de lejos se arrodillaron en adoración, porque con ojos de fe vieron que este niño era el Rey de reyes.

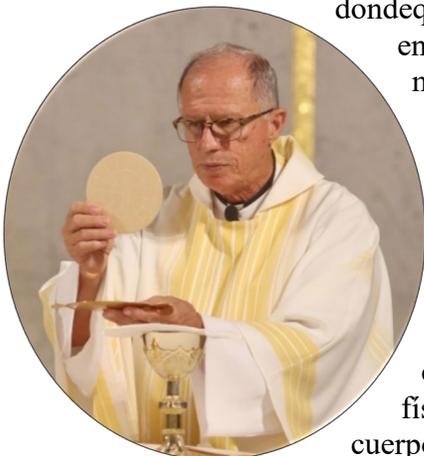
Estos tres hombres serían los primeros en acercarse al Señor y adorarlo de esta manera, trayéndole regalos de oro, incienso y mirra, pero no serían los últimos. Continuamos esta tradición cada vez que nos reunimos en la Santa Misa. Cuando nos arrodillamos durante nuestra misa, miramos hacia arriba y vemos lo que parece ser comida: pan y vino. Y sin embargo, con nuestros ojos de fe, sabemos que esto no es pan en absoluto, sino que es el cuerpo de Cristo, y que el vino es su sangre más preciosa. Vemos a Jesucristo en su cuerpo, sangre, alma y divinidad mientras se sienta en el trono en el altar, y le damos los dones de nuestro tiempo y atención, las cosas que Él desea de nosotros sobre todo.



Dios nos llama, así como llamó a esos sabios, a venir y ver a nuestro Salvador en persona. Nos invita a encontrarlo en su casa, reuniéndonos como familia, como hermanos y hermanas, para estar unos con otros y con Dios en su mesa.

JESÚS ESTA CON NOSOTROS EN LA SANTA MISA

La mayoría de nosotros estamos familiarizados con la promesa de Jesús de que Él siempre está con nosotros dondequiera que dos o tres estén reunidos en su nombre. Esto es más cierto en la Misa que en cualquier otro espacio de reunión o adoración. Él está presente allí con nosotros en múltiples niveles. Él está presente en nuestra comunión unos con otros, derramándose místicamente a través de nuestra oración común. Él está presente en el sacerdote, que actúa en la persona de Cristo mientras ofrece el cuerpo y la sangre de nuestro bendito Señor en el altar a Su Padre Celestial. Él está presente en la palabra proclamada de las Escrituras por los lectores y por el diácono y el sacerdote, porque Él es el Verbo hecho carne y está presente cada vez que esa Palabra es proclamada. Pero, sobre todo, Él está más profundamente presente en la Eucaristía misma. Dentro de cada host y cada gota dentro del cáliz está Su cuerpo, sangre, alma y divinidad. Esto no es un símbolo o una metáfora, sino su ser físico real. Sí, parece pan y sabe a él, pero con nuestra fe, sabemos que este es su cuerpo y sangre. Dentro de su cuerpo y sangre, Jesús está vivo y presente. Es Jesús lo que vemos en el altar, que recibimos en nuestras manos y en nuestra lengua, y que consumimos en nuestros propios cuerpos para que podamos llevar a Jesús con nosotros cuando salgamos de la Iglesia a ir al mundo. Dios no está tan cerca de nosotros en la Santa Misa que nos permite tomarlo en nosotros mismos para que podamos ser uno con él.



JESÚS: SACERDOTE, PROFETA, REY

Cuando los tres reyes magos se presentaron ante el Señor, le ofrecieron oro, incienso y mirra. Estos pequeños y aparentemente extraños regalos tienen un gransímbolo de lo que sabemos a través de la fe de Jesucristo. Los tres sabios sabían que se encontraban con un rey, pero también con un sacerdote y un profeta. De hecho, Jesús es todas estas cosas, y cuando venimos a Misa nos encontramos con Jesús como los tres.

JESÚS SACERDOTE

En el Antiguo Testamento, el Señor estableció un sacerdocio que ofrecería los sacrificios de animales a Dios en nombre del pueblo judío. En nuestro Nuevo Testamento, ahora tenemos un gran sumo sacerdote: Jesucristo, que se ofrece a sí mismo en la cruz como un sacrificio tan poderoso que ningún otro sacrificio necesita ser ofrecido. En la Misa, tenemos a Cristo continuando ofreciendo ese mismo sacrificio a través de las realidades místicas de nuestra liturgia. En la Misa, es como si hubiéramos sido transportados hacia atrás en el tiempo tanto al Viernes Santo como al Domingo de Pascua, al momento de la crucifixión y resurrección del Señor. Para el Viernes Santo nuestro sacrificio fue ofrecido, y el Domingo de Pascua ese mismo sacrificio, Jesucristo, fue levantado. Cristo está trabajando, cambiando nuestra liturgia de una simple recreación a un poderoso revivir ese Gran Evento a través de nuestro sacerdote mientras celebra la Misa. Es Cristo quien ofrece la Eucaristía, su cuerpo y sangre, a Dios nuestro padre.

JESÚS PROFETA

En los evangelios Jesús se llama así mismo el camino, la verdad y la vida. Sus enseñanzas son la plenitud de la verdad y nos proporcionan no solo la forma en que podemos vivir una vida cristiana más satisfactoria, sino también la manera de llegar a conocer a Dios personal y perfectamente. En cada Misa, proclamamos la palabra de Dios. Como la Palabra hecha carne, es Jesús mismo quien nos habla a través de la palabra. Esto no solo es cierto con el Evangelio, sino también con todas las lecturas, porque toda la Escritura es inspirada por Dios, y Jesús es Dios. Jesús nos habla como Iglesia y como individuos a través de las Escrituras.

JESÚS REY

El día de su crucifixión, Jesucristo fue coronado con espinas y montado sobre el trono que es la cruz. Al celebrar la Misa y recordar esos eventos, cambiamos estas cosas dolorosas por símbolos gloriosos de la realeza de nuestro Señor. A veces preguntamos, ¿por qué usamos un cáliz de oro cuando Jesús seguramente usó una copa de madera o arcilla en la Última Cena? La respuesta es que no estamos simplemente recreando la Última Cena. Le estamos dando a nuestro Señor un trono espléndido y digno. Entronizamos la presencia de Jesús en el altar, vestido de oro porque esa es la forma en que debemos tratar a nuestro rey triunfante. Así como el Señor se nos aparece en una forma tan humilde como el pan y el vino, le damos una recepción digna. Nos inclinamos ante nuestro poderoso Rey que nos da a conocer en pan y vino.

